

Paul Morand.

EL TIO SAM TIENE SED Y HAMBRE

DE esta América del Norte que acabo de encontrar en el camino de regreso y de atravesar en pocos días, de Nueva Orleans a Nueva York, pasando por Chicago, Detroit y Boston, no contaba escribir nada. Pero cada francés con que me he hallado desde Cherburgo me ha preguntado sobre ella tan ansiosamente, que he redactado con rapidez estas breves notas. Aun en el tiempo en que los Estados Unidos engordaban todos los días, no conseguían atraer sobre ellos la atención de todo el universo. ¿Qué lección, qué ejemplo nos ofrecen?

Es que la miseria nos coge a todos. En esto, como en lo demás excesiva, precoz, América nos precede y puede servirnos de ejemplo. Lo que el francés quiere conocer por ella es la extensión de su desgracia, la fuerza y la eficacia de sus reacciones, en una palabra, su temperatura. Curiosidad interesada puesto que la desdicha es contagiosa.

TEMPESTAD SOBRE EL MUNDO

En diez y ocho meses he atravesado veintiún países (Italia, Yugoslavia, Rumania, Polonia, Austria, Inglaterra, España, Egipto, Palestina, Siria, Turquía, Baviera, Suiza, Brasil, Argentina, Uruguay, Chile, Perú, Bolivia, Ecuador, Panamá), antes de poner el

pie en los Estados Unidos. En todas partes he hallado a los hombres inquietos, dudosos de ellos mismos y de la Providencia; en todas partes he encontrado a la tierra presa de una indigestión de materias primeras; todas las naciones paralizadas y todas las latitudes al revés, la pampa verde como Inglaterra negra; he visto a los mejores comerciantes en el marasmo, sirios disponibles, griegos estagnados, hasta judíos ociosos; todos los productos sin vender desde las chapucerías de los *chainstores* (1) hasta el chiche de la calle de la Paix; todos los hombres necesitados desde Stalin que ya no tiene dinero para su propaganda hasta M. de Rothschild, que acaba de despedir en un día a ochenta y cuatro sirvientes.

En los muelles de Santos he visto quemar setenta mil sacos de café; he chapoteado en el marco empapado por la lluvia; un kilómetro de marco de café... En Río de Janeiro cada mañana he visto botar al mar quince mil sacos. En Buenos Aires he visto trigo a cuarenta francos el quintal esperar en vano el comprador, mientras que en Francia se le paga a ciento setenta francos. En el paquebot italiano que me llevaba a Alejandría yo era el único turista; en el barco de la Standard Fruit que bogaba hacia Nueva York, éramos cinco; estuve solo en las cataratas del Nilo y solo en las del Niágara; en todas partes hoteles desiertos y puertos en ocio; turista, raza desaparecida...

¡SOBRE TODO NO CONFESAR LA DESOCUPACIÓN!

De la crisis universal, América toma la parte inmensa que le corresponde, que compete a su espíritu de empresa, a su optimismo bancario, a sus excesos industriales, a su ausencia de moderación comercial, a su fe magnífica e infantil en el progreso humano. Ella

(1) En inglés en el original. Almacenes en cadena literalmente; tiendas organizadas en *trusts* y que venden productos vulgares.

la acepta con un asombro doloroso, una dignidad, un espíritu cívico, una mueca admirable. Esta crisis ha sido para los Estados Unidos, ante todo, choque moral; en su historia han conocido duros momentos pero, salvo la Guerra de Secesión, esos momentos han sido muy breves. Los americanos no han comido nunca cotidianamente, como la Europa continental, un pan negro mojado en lágrimas y en sangre; esta especie de año mil que estamos viviendo, esta Edad Media desesperada en la cual no son los grandes caminos sino los bancos los que se ven atacados a mano armada, ellos rehusan creerla definitivamente; se quejan de todo corazón de que tienen hambre, pero con ese alto estoicismo de los puritanos (del cual heredó la *Christian Science*) creen que negando el mal pueden aminorarlo o hacer cesar su desarrollo. Por eso en los Estados Unidos no se habla de la desocupación así como no se habla del cáncer, de la sífilis o de la secreción de los negros, plagas del individuo o del Estado. (¿Quién rehabilitará este noble defecto de las sociedades cerradas que los anglosajones poseen en alto grado y que se llama hipocresía?) No se habla con gusto de la desocupación, pero ya se lucha con fuerza. En este punto también nosotros somos muy diferentes de los americanos. Entre nosotros el obrero se ha convertido, poco a poco, en una especie de funcionario; todo el esfuerzo de nuestras leyes sociales tiende a eliminar los riesgos; el hombre de nuestras antiguas campiñas se ha refugiado en las ciudades para evitar el riesgo agrícola: la ruina por la helada o la sequía, la muerte por la falta de médico o por el aburrimiento. Convertido en obrero, cree que el patrón o el Estado le garantizan, suceda lo que quiera, una vida sin peligros. Ahora bien, América, si es la tierra de las grandes ganancias y de los salarios altos, es también la de la vida peligrosa, el continente de la aventura; es su grandeza, su salud y hoy es su miseria. De la noche a la mañana, el obrero

americano que ganaba dos o trescientos francos por día se ve lanzado a la calle; implacablemente a la calle; no tiene familia (su familia está en Polonia o en Suecia), ni economías (no posee esa melga de repollos y de papas en el cual se prolonga, fuera de la ciudad, la jornada del minero o del artesano francés); ha jugado a América y, por el momento, ha perdido. A pesar de esto, ninguna recriminación, o bien pocas; tampoco odio social; allí, creo yo, está el lado más asombroso de la dolorosa América. El desocupado se tiende en las hierbas de los parques y espera. Así hay cuatro millones que aguardan...

Más que en Nueva York es preciso ver la producción en masa cómo sobra en esa inmensa zona industrial, atravesada apenas en veinticuatro horas, que se extiende de Chicago a Detroit, de Milwaukee a Cleveland, de Toledo a Pittsburgh. Ciudad discontinua del hierro, del acero, de la fundición, del coke, de todos los productos llevados por los canales de los grandes lagos. No había visitado esta región desde 1925. ¡Qué actividad entonces, qué rendimiento, qué fulguración, qué rumor! Hoy, trenes inmóviles en las vías de acceso; todo el país de antes tiene el aspecto de hallarse en camino al garage. Cepillos gastados, cementerios de viejas carrocerías, chasis abandonados, trenes elevados que duermen, grúas despojadas como árboles, calderas impotentes, material paralítico separado por terrenos de football, con hierba negra, en el cual los jóvenes aprendices ensayan *shoots*. El sol no alcanza a atravesar las nubes bajas, cuadrículadas por los alambres de alta tensión.

LOS HOTELES HOOVER...

De allí viene el sin trabajo, vestido ya como un vagabundo, ya como un caballero, que afluye a las plazas de las grandes ciudades; trata de vender manza-

nas o diarios; ronda las casas burguesas en busca de trabajitos; cuando llega la noche desciende a los barrios ricos, donde mendiga; y luego, sin esperanza, abatido, pero sin rabia en el corazón, vuelve a esperar en los asilos de noche, a los que llaman, por irrisión, hoteles Hoover, releyendo el diario de la mañana; o bien a las sopas populares, en plena intemperie, levantado el cuello del vestón, las nalgas apretadas por la mordedura del invierno; lo he visto entrar donde el roba-vejero y dejar allí su sobretodo (cuanto a la radio, al Ford, a la pluma fuente, a la Kodak, las ha perdido hace tiempo allí mismo). Cuando ha esperado así algunas semanas, se cansa y se pierde en el campo, que lo recupera.

¿Cuáles son las medidas de socorro? Período de improvisación. No se sabe todavía si la lucha contra la desocupación será un asunto federal, una empresa del Estado, o un deber comunal. Por el momento la comuna parece la única que interviene. Pero es la iniciativa privada la que ha tomado la ofensiva más vigorosa; la Cruz Roja y el Ejército de Salvación, las asociaciones confesionales proporcionan ya un esfuerzo de eficacia providencial. En los grandes centros, los comités de socorros disponen de sumas considerables (doscientos millones de francos en Nueva York). Se fomentan los trabajos de utilidad pública. La desocupación toca sobre todo a los extranjeros; se ven muchos amarillos y negros en las calles, calentándose en terrenos baldíos, bajo tiendas de tela, alrededor de fuegos encendidos en tarros vacíos, apretados en curiosos grupos a lo Callot (1), que recuerdan a los de los primeros *pioneers* americanos de hace cien años. En las fronteras, los empleados de la inmigración aprietan el pestillo. Después de mi reciente travesía del Centro-Oeste, un diario anunciaba que en el solo Es-

(1) Famoso dibujante francés, especialista en escenas de la vida mísera.

tado de Texas se acababa de acordar el regreso en masa, en una sola jornada, de ciento veinticinco mil obreros mejicanos a su país de origen.

¿Otros remedios? Las economías, sobre todo en la armada y en el ejército, economías necesarias después de los gastos inauditos de los últimos años. La nación entera se prepara a una lucha contra el frío y contra el hambre. Ella se entrega con entusiasmo, pero con un rigor nuevo contra las teorías subversivas. Chicago es el frente de combate del bolchevismo. Allí Moscú hace su mayor esfuerzo sobre los negros del Sur llamados al Norte, hace diez años, por los altos salarios de guerra (los negros forman el 12% de los desocupados), sobre los arrendatarios insolventes y sobre los intelectuales. América teme al bolchevismo y lo ve en todas partes; incursiones policiales en los centros marxistas, agitadores extranjeros llevados a la frontera (trabajos forzados si la vuelven a pasar), orden de prisión contra Lovett Whiteman, jefe comunista; persecuciones contra el escritor Dreiser acusado de propaganda comunista por el Estado de Kentucky; ataques en Hollywood contra el cineasta soviético Eisenstein, que lo obligan a irse a México, etc...

¡ROLLS-ROYCES EN 20,000 FRANCOS!

En este Otoño de 1931 hay para los americanos algo más importante que el match Yale-Harvard, crisis dramática de la temporada de football. Una necesidad se les impone: *vender*, vender a cualquier precio. En los instantes críticos un comerciante puede elegir entre dos actitudes: conservar su mercadería para esperar la vuelta de los buenos días; así proceden los vendedores de tapices en el bazar de Estambul. Un viejo turco testarudo a quien yo quería comprar un Ispahan, me rehusó toda rebaja en mi último viaje. No dudo de que viva aún, nutrido apenas con un poco de café

negro, en el fondo de su lúgubre tienda, sentado sobre la maravilla rosa y verde, con granadas amarillas, que yo envidio. Pero en los Estados Unidos domina la otra actitud, la del bolsista que prefiere «cortarse un dedo» antes que el cuerpo entero, y que liquida a tiempo. La Nueva York del otoño de 1931 sobresale en estas liquidaciones forzadas y sus precios «no aceptan competencia». Pielés, autos, trajes, antigüedades, todo está disponible, listo para ser llevado; «diga cuánto ofrece»; apenas lo habéis dicho: «Es suyo». Tiras de tocuyo coronan las calles y adornan los tranvías: «Liquidation cut down prices», «soldes», etc. (3). En los avisos económicos de hoy en mi diario hay ocho automóviles de la más grande marca inglesa que se venden de ocasión a 20 mil francos cada uno. En los almacenes de bric-a-brac, apenas habéis asomado un dólar en vuestro bolsillo y el comerciante ya ha saltado como una pulga. . . Los grandes restaurantes tienen comidas a precios fijos con gran surtido de platos; en todas partes se almuerza por veinte, veinticinco, treinta francos. Vestidos por cincuenta francos, máquinas fotográficas por veinte, calcetines de seda a cinco, camisas de seda por un dólar, pieles de cien mil francos rebajadas a un décimo de su valor; en un gran almacén me ofrecieron terciopelo de importación francesa a un veinticinco por ciento menos que su precio de Francia.

SILENCIO

En Detroit me fuí en taxi a una gran usina; conversé con el chauffeur, un americano; alimentaba a sus dos hermanos con sus familias, uno sin trabajo desde hacía un año, el otro desocupado desde cuatro meses. Llegué a la usina, a la hora de salida de la tarde; apenas unas cuantas centenas de hombres; a la misma hora,

(1) Anuncios de rebajas de precios y liquidaciones.

hace dos años, cien mil obreros. Se me hizo atravesar en auto, sin detenerme, por planos inclinados, pisos enteros, talleres vacíos en toda su extensión; los patios están desiertos como los de un cuartel durante las maniobras. En los casilleros, bajo el reloj, las fichas de matrícula hacen pocas manchas blancas. Admirable orden americano que acrecienta la impresión de vacío. Cielo negro, llanura de Waterloo; sobre los canales los *cargos* al ancla cargados de acero y de coque inutilizados, cadenas inmóviles, los motores no descienden ya del techo para posarse justamente sobre las carrocerías como la abeja sobre una flor. Silencio. . . Los accesorios que se acercaban por sí mismos, imantados por el coche listo ya para caer como una recién casada en brazos del comprador impaciente, están ahora suspendidos en el aire.

—¿Cuántos automóviles hacían ustedes hace dos años?—pregunté.

—Nueve mil al día, más o menos.

—¿Y ahora?

Gesto vago. Creo poder decir: algunos centenares.

Entre dos filas de altos hornos me dirijo ahora hacia la puerta, y un frío húmedo cae sobre mis hombros; *ningún hogar está encendido. . .*

En la calle, en Detroit como en Nueva York, no se ven ya casi coches nuevos; hace dos años el americano cambiaba de auto cada seis meses; hoy día guarda su antiguo cacharro; a lo sumo le hará poner «rueda libre», por veinte dólares. ¡Quién dirá la tristeza de estos viejos coches nunca lavados y que, para evitar a sus propietarios los gastos del garage, duermen a la intemperie, como las vacas de la pampa!

LA OPINIÓN DE MI PORTERO

Al leer esto, muchos franceses sonreirán con aire superior. «Es ir demasiado lejos», dijo mi portero, no sin

satisfacción. El francés tiene un horror profundo, atávico, a la riqueza. La riqueza de los Estados Unidos lo ofendía. No se ha dado jamás cuenta de que la fortuna en América era algo intermitente, provisional, y en el fondo, no importante. La gran herida en el corazón de la América del Norte no es una herida de interés, ni de vanidad, sino el fracaso—temporal sin duda—del inmenso esfuerzo de organización perseguido por Taylor, después por Ford y por todo el antiguo patronaje desde el presidente Cleveland, para hacer salir al trabajo norteamericano de su condición medioeval, anárquica, revolucionaria en el cual él se hallaba hacia 1880, para elevar al obrero, mejorar definitivamente su suerte y asegurarle el nivel de vida más alto del mundo, sin perjuicio de acrecentar su eficacia. Toda la expansión económica de 1876-1900-1929 es la que se vuelve a discutir. Un desocupado que mendiga es un atentado a esta noble carrera hacia la felicidad humana, al gran ensueño de toda una generación de jefes de industrias hoy en día envejecidos. Las nuevas generaciones que no han tenido más que recoger y que no han conocido el *boycott*, el *racketeering* (confusión), las bombas de Chicago, las revueltas de Pittsburgh, no saben que la verdadera crisis fué acaso esta crisis de prosperidad de los diez últimos años, pues la condición normal del hombre, desde el destronamiento de los ángeles, es sufrir y tener hambre, y toda felicidad no es más que una tregua. En Wall Street se acogen a la menor esperanza; un día es el trigo que sube, el siguiente es la plata. ¡Ay!, después de un empujón brusco, nuevamente el plano inclinado.

Los Estados Unidos están dispuestos a ensayarlo todo, a aceptar todos los consejos; se mira tanto a Francia segura de su moneda afianzada en el oro, como a Alemania inflacionista, ya al lado del fascismo, ya a Rusia. Si Poincaré, Stalin o Greta Carbo tienen una doctrina, que la expongan: se ensayará. Pero todo el

horizonte es sombrío. ¿Dónde están los millones consumidos en todas partes, desde hace diez años, en impuestos que no tienen la suerte siquiera, como los de la vieja Europa, de ser usurarios, dónde están los créditos helados, aun antes del invierno, en Alemania? A veces los Soviets parecen querer, como el año pasado, comprar máquinas; por ejemplo, máquinas para hacer calzado, y hasta han enganchado obreros americanos. ¿Sería un nuevo mercado que se abría? Pero he aquí que con esta nueva maquinaria los bolcheviques, unos pocos meses más tarde, salen con sus nuevos zapatos, y el cliente que la metalurgia americana había ganado, la industria americana de calzado lo había perdido. Con los créditos otorgados para desarrollar su facultad de compra, Alemania ha desarrollado sus exportaciones, no sus importaciones, renovado el material, lanzado buques más rápidos. Círculo vicioso: un cliente encontrado, diez perdidos.

¿Cuál es la causa profunda de esta crisis planetaria?—se preguntan los Estados Unidos. ¿Es la economía? ¿Son las reparaciones? ¿Es—el escritor Wells lo afirmaba en Detroit el mismo día de mi paso—el desequilibrio entre un progreso industrial mundial demasiado rápido y una política (la maldita política) atrasada en cien años y que se sofoca para seguirlo? En Daerborn, en la casa de Ford, el mismo Wells acusa al padrón de oro. El mundo entero debería abandonarlo, pues todas las naciones son interdependientes. ¿Es la angustia alemana entre el hitlerismo y el comunismo? ¿Es Francia?

No escapan a las consecuencias de la crisis mundial sino los modestos; los hindúes que tejen ellos mismos sus trajes y cultivan sus patatas; los negros del Sur que duermen al aire libre; los granjeros italianos de la Argentina que cultivan bien su mediocridad, mientras que todos los grandes *estancieros* están arruinados; por sobre todos, el campesino francés. (¡Qué curioso libro

podría escribirse hoy sobre la situación de Francia en el universo!)

LOS OJOS FIJOS EN EL BALANCE SEMANAL DEL BANCO DE FRANCIA

¿El tío de Francia va a reemplazar al tío de América? ¿El billete de cien francos que se pegaba como irrisión en los vidrios de los autobuses hace cinco años se va a convertir en el dueño del dinero? Francia y su oro... El oro francés. Puede decirse que el mundo entero en este momento tiene los ojos fijos sobre el balance semanal del Banco de Francia. Francia, gracias al Eldorado de las bodegas de la plaza de las Victorias, tiene una situación moral tal como no la había conocido desde el Segundo Imperio. Cuento a veces a mis amigos extranjeros cómo, en el último Agosto, bajé a los subterráneos de acero del Banco de Francia, parecidos a acorazados, subterráneos tapiados, como las cavernas del hombre cuaternario por una sola roca, por bloques de metal; cómo, detrás de estos refugios duermen los lingotes americanos en barriles, las cajas del Banco de Inglaterra. Se me escucha con los ojos redondos por la envidia... Magia del oro... La gloria, Verdun, Versailles, ¿qué es eso? La sangre misma se la puede encontrar en todas partes, ¡pero el oro! Esto hace soñar aún en el país de los Incas. Y nuestro oro nos vale actualmente no sólo un peso enorme en la política internacional, un peso desproporcionado a nuestra potencia material, a nuestra efectiva riqueza, sino que nos confiere un prestigio moral incomparable. Sonrisa de los comerciantes. «Vosotros sois franceses; entrad, señores, sed bienvenidos». Poseemos de pronto maravillosas virtudes; nuestras mujeres son todas honradas; nuestros niños no mueren ya; el alcoholismo no devasta ya nuestros campos; Laval no tenía necesidad siquiera de ser el hábil hombre de estado que fué en Washing-

ton; triunfaba de antemano; sigue siendo verdad el proverbio que quiere que el rico posea todas las virtudes. Prestigio peligroso; sería bueno que no nos regocijáramos siempre; si los defectos son desagradables, no olvidemos que las virtudes son casi siempre intolerables. Sepamos leer entre las líneas de la opinión mundial. Decir que Alemania está mal es decir a veces, de modo oblicuo, que Francia está demasiado bien. Francia es admirada, pero está muy lejos de ser amada en este momento. Se la vitupera, se la condena por falta de solidaridad. Ella vive en una prisión cuyos barrotes son de oro. . . . La ayuda financiera francesa proporcionada al Austria, en Basilea, y en este trágico verano al tesoro británico, está ya olvidada. Un país que ve afluir en este momento los capitales enloquecidos del mundo, ¿debe dormir sobre su caja de caudales? Cuando un buscador de oro llega del placer a la cantina con un lingote, sus compañeros colocan un revólver sobre la mesa: «Está bien; ahora juguémonos eso; tu oro ha sido hecho para circular». Si el hombre está armado y pone mano en la cintura. . . ., se convoca a una conferencia del desarme.

Otoño de 1931 en Nueva York. Distribuidora de riquezas, Nueva York no sufre tanto con la crisis como el Centro-Oeste productor. Y nunca ha estado ella más hermosa, más nueva; nunca los *buildings* se han destacado más rosados, más jóvenes, más confiados sobre un cielo indio adorado del sol.

Exclusivo para *Atenea* en Chile: Traducción especial.